

The Bell Curve: Intelligence and Class Structure in American Life
Richard J. Herrnstein y Charles Murray
Simon & Schuster, New York, 1996 (1ª edición 1994).

por Daniel Fridman

La ciencia es cómplice de todo lo que le piden que justifique

Pierre Bourdieu

1. Introducción

El polémico libro de Murray y Herrnstein marca el retorno del coeficiente intelectual como variable explicativa de la desigualdad social. *The Bell Curve* intenta volver a dar crédito a las mediciones de coeficiente intelectual a través de tests, reintroducirlas en el análisis sociológico, y descubrir su relación con los principales indicadores sociales en Estados Unidos. Claro que no se limita al diagnóstico, sino que de la investigación se desprende una propuesta de política social acorde a los tiempos ultraconservadores que vive ese país desde la presidencia de Reagan. No es casual que Charles Murray forme parte de la generación de politólogos y sociólogos norteamericanos, financiada entre otros por el Manhattan Institute y el American Enterprise Institute, que sirvió de base intelectual a la avanzada de Ronald Reagan contra el *welfare*¹. Después de ese impresionante ataque neoconservador de los 80, del que Murray fue uno de los pilares, parecía que el pensamiento de derecha podía sentirse satisfecho por los logros alcanzados. Pero Murray volvió, esta vez de la mano del coeficiente intelectual, para dar un nuevo fundamento natural a la desigualdad creciente y satisfacer la demanda de ideas de un capitalismo de consecuencias cada vez más salvajes, que precisa legitimarse. Teniendo en cuenta que la ausencia de traducción al español impide que la obra sea ampliamente conocida en Argentina, dedicaré la mayor parte del comentario a la exposición ordenada y en detalle de la argumentación del libro.

2. Premisas

Los autores dedican la introducción de *The Bell Curve* a establecer el axioma central que guía el libro: defender la existencia del concepto de inteligencia o habilidad cognitiva y la validez de los tests para medirla y cuantificarla. Definen *conceptualmente* la inteligencia como la capacidad de inferir y aplicar relaciones tomadas de la experiencia y la capacidad de una persona para el trabajo mental complejo, y *operacionalmente* como el puntaje obtenido en un conjunto específico de preguntas, habitualmente llamado *coeficiente intelectual* (CI). Según los autores, la larga tradición de investigación científica sobre la inteligencia y su medición fue abandonada casi totalmente a partir de la década del 60. Entre los polos “ambiente” y “herencia” que determinan la inteligencia, la balanza se inclinó totalmente al primero y se volvió políticamente incorrecto recurrir a la habilidad cognitiva y mucho más citar sus fundamentos genéticos. Sin embargo, argumentan que el desprestigio del CI no se basó en verdadera evidencia empírica sino en desacreditación política. Murray y Herrnstein se embarcan entonces en la tarea de recuperar esa vieja tradición perdida que, según

¹ Ver Wacquant Loïc, *Las cárceles de la miseria*, Manantial, Buenos Aires, 2000, pp. 25-27 y 40-44. Allí se comenta la carrera de Murray y su relación con la difusión en Europa del pensamiento de derecha norteamericano.

ellos, tiene un valor empírico inestimable. La conclusión son seis premisas que dan comienzo a la investigación²:

1. Existe un factor general de habilidad cognitiva en el cual los humanos difieren.
2. Todos los tests estandarizados de aptitud académica miden este factor general en cierto grado, pero los tests de CI diseñados expresamente para ese propósito lo miden con mayor exactitud.
3. Los puntajes de CI encajan en términos generales con aquello que la gente llama inteligencia en el lenguaje ordinario.
4. Los puntajes de CI son estables, aunque no lo son perfectamente, a lo largo de buena parte de la vida de una persona.
5. Administrados adecuadamente, los tests de CI no están sesgados contra ningún grupo social, económico, étnico o racial.
6. La habilidad cognitiva es sustancialmente hereditaria, no menos de un 40% y no más de un 80%.

Puede notarse que el trabajo es polémico desde sus premisas lo cual suscitó críticas desde varios ángulos: algunos analistas se concentraron en las premisas para invalidar las conclusiones –aún aceptando que sus razonamientos fueran correctos–, otros apuntaron al desarrollo lógico de esas premisas y a sus falacias, otros a la calidad de los datos estadísticos utilizados o a su selección, finalmente otros se dirigieron a sus conclusiones y propuestas, considerándolas inaceptables.³ Sin embargo, la observación de las premisas evidencia que el punto de partida del conjunto de la investigación descansa en enunciados que no responden a demostraciones empíricas, sino a su aceptación *a priori*.

Bell Curve es la conocida campana de Gauss (llamada también curva normal) que indica, en este caso, la distribución estadística de la inteligencia en la sociedad. La mayoría de las personas se sitúan no muy lejos de la media de inteligencia, formando la cúpula de la campana, mientras una pequeña parte se ubica en los extremos o colas de la campana. Estos últimos son los dos grupos más importantes del análisis del libro: el reducido grupo de habilidad cognitiva extraordinariamente baja, y el estrecho sector de los brillantes y sobresalientes, que los autores llamarán luego “elite cognitiva”. Las más de ochocientas páginas del libro se dividen en cuatro partes: la primera de ellas se dedica al extremo superior de la curva, la segunda al extremo inferior, la tercera hace referencia especialmente a las diferencias de inteligencia entre grupos étnicos, y finalmente la cuarta recopila las recetas de política social que se proponen de acuerdo al diagnóstico.

3. La emergencia de una elite cognitiva

La categoría de *elite cognitiva* muestra el modo en que Murray y Herrnstein convierten en conceptos sociológicos atributos individuales medidos a través de tests. Los ejes del nacimiento de esta elite son la educación y el trabajo.

² pp. 22-23.

³ La lista de artículos, libros y páginas de internet publicados a favor y en contra de *The Bell Curve* es interminable. Se suele considerar la crítica más completa al trabajo de un grupo de sociólogos de University of California Berkeley: Fischer Claude et. al., *Inequality by Design: Cracking the Bell Curve Myth*, Princeton University Press, 1996.

A mediados del siglo XX, el ingreso a las instituciones universitarias norteamericanas aumentó explosivamente. Este cambio cuantitativo encarnó también un cambio cualitativo: la democratización de la educación superior generó que la aptitud académica se convirtiera en el criterio de selección, barriéndose progresivamente la condición de clase que aseguraba las posibilidades de instrucción universitaria. Esa aptitud académica es medida con tests de ingreso que representarían con fidelidad la habilidad cognitiva. De modo que el ingreso a las universidades está determinado en gran medida por la inteligencia. Quienes ingresan en la universidad poseen altos coeficientes de inteligencia, y más aún quienes asisten al puñado de universidades top que estrechan sus requerimientos de habilidad cognitiva. En estas universidades se concentra una elite cognitiva, una nueva clase definida por sus atributos de inteligencia más que por su condición socioeconómica o la de sus padres.

El mundo del trabajo no hace más que acentuar la estratificación cognitiva que producen las universidades. La especialización y el desarrollo tecnológico aumentó los requerimientos de inteligencia para el empleo y aumentó las plazas de ocupaciones con alto coeficiente de inteligencia. La tendencia desde mitad del siglo XX es a la concentración de quienes componen el extremo superior de la curva en las ocupaciones más complejas. Conviene recordar aquí una de las premisas sobre la constancia de los puntajes de CI a lo largo de la vida: el nivel de instrucción no aumenta la inteligencia; por el contrario, es la habilidad cognitiva –que se supone en gran medida innata– la que aumenta las posibilidades de una buena educación. De este modo, los trabajos complejos, que requieren altos estándares educativos, acentúan la estratificación cognitiva.

Esto no es todo, porque el CI tiene además una influencia fundamental en la productividad y eficiencia de los trabajadores de cualquier tipo y status. La performance en el trabajo no responde ni al nivel educativo alcanzado ni a la experiencia laboral: aún después de muchos años en el mismo trabajo, la productividad es mayor en los trabajadores de mayor CI. Murray y Herrnstein despotrican contra la decisión de la Corte Suprema de 1971 que prohibió el uso de estos tests para la selección laboral por estar sesgados contra ciertos grupos sociales. Las evaluaciones de habilidades laborales específicas que están permitidas no son, para ellos, tan predictivas como los tests que miden la inteligencia como factor general. Pero deshacerse de los tests no hace que la inteligencia desaparezca. Conclusión: no utilizar tests para la selección laboral genera una reducción general en la productividad de la economía norteamericana, y una pérdida de utilidades formidable, que los autores se ocupan de cuantificar.

Finalmente, en el último tramo de la parte dedicada a la *elite cognitiva*, se consolida el argumento. Todos aquellos que han sido dotados de inteligencia están aislándose de los demás, tanto de los que tienen débil habilidad cognitiva como de los “normales” que ocupan la parte central de la curva. En los lugares de trabajo, los brillantes casi no comparten el espacio físico con el resto. Los lugares de residencia son cada vez más diferentes, de modo que, la *elite cognitiva* tiene un espacio decididamente propio, como clase social, sin ninguna intromisión del resto. Y esta tendencia se acentúa progresivamente. Aceptándose que la inteligencia posee un componente ambiental y un componente hereditario, la democratización de las oportunidades sociales que alcanzó la sociedad norteamericana atenúa la importancia del componente social a favor de las determinaciones genéticas de la inteligencia. Cada vez más, los genes determinan éxito y fracaso. Este proceso se acentúa también porque los matrimonios se realizan casi

exclusivamente entre personas con CI de nivel parecido, lo que contribuye a reproducir las diferencias con mayor claridad en las próximas generaciones.

4. Clases cognitivas y conductas sociales

La segunda parte es troncal y fundamental en la presentación de Murray y Herrnstein, más por lo polémico de sus afirmaciones que por la abundancia de ideas. La idea central es que la baja inteligencia está fuertemente correlacionada con todos los atributos “negativos” de la sociedad. El esquema para todos los casos es el mismo: la probabilidad de tener “problemas sociales” varía más con el CI que con cualquier otra variable, incluso la situación socioeconómica familiar. Los temas analizados son: pobreza; escolaridad y abandono escolar; desempleo, vagancia e incapacidad laboral; matrimonio, divorcio y maternidad extramatrimonial; dependencia de subsidios estatales (welfare); paternidad y educación de los hijos; delincuencia; civilidad y ciudadanía.

Así, por ejemplo, la probabilidad de que una persona sea pobre, o no alcance un título universitario, o tenga hijos extramatrimoniales, depende más de su nivel de CI que de la situación socioeconómica de sus padres. No es que esta última variable no tenga ninguna relación, sólo que pesa menos, y además ella misma está afectada por el CI de los padres. “Si uno tuviera que elegir entre nacer inteligente o rico, indudablemente la respuesta sería inteligente”⁴.

No tendría sentido relatar aquí cada relación particular, tan sólo destacar la operatoria simple de Murray y Herrnstein: eliminar del camino cualquier tipo de variable social en la determinación de las conductas sociales “problemáticas”, y reemplazarla por la inevitable realidad del coeficiente intelectual. Sin embargo, es interesante comentar algunas curiosas relaciones establecidas. El divorcio, que se manifiesta en mayor medida cuando el nivel socioeconómico es mayor, es un problema que aqueja sin embargo a los menos inteligentes de cada sector social. La probabilidad de tener un hijo con bajo peso al nacer casi no varía entre distintos niveles socioeconómicos, sin embargo, la correlación entre esa probabilidad y el CI es muy elevada.

Con respecto al delito, siguiendo la línea de recuperación de tradiciones intelectuales anteriores a la década del 60, los autores desestiman toda la producción teórica desde el funcionalismo en adelante, en favor de la más dura tradición positivista: encontrar en el desviado la combinación de causas que lo llevan a delinquir, encabezadas obviamente por el coeficiente intelectual. La media de CI de los sentenciados a prisión es sustancialmente menor que los que no tuvieron contacto con el sistema penal.

Finalmente, a pesar de las dificultades metodológicas que podrían suponerse, los autores logran medir “civilidad y ciudadanía” en relación con el CI. Los niños más brillantes de cualquier sector social son los que con mayor rapidez aprenden sobre política y funcionamiento del gobierno. Por otra parte, la disposición a votar responde más al nivel de instrucción (variable aproximada a la inteligencia) que a la situación socioeconómica. Finalmente, la civilidad se mide a través de un llamativo “Índice de

⁴ p. 127.

Valores de Clase Media”, construido ad hoc, que además tiene una espectacular correlación con el CI.

Cabe señalar que en todos los casos en que la evidencia estadística satisface las presunciones de Murray y Herrnstein, la explicación adecuada es clara; sin embargo, cuando el análisis empírico se opone al perfil que buscan, la conclusión es que hace falta más investigación o muestras más grandes para explicar lo que ellos no pueden.

5. El contexto nacional

Esta parte es sin duda la que mayor controversia causó en la publicación del libro en 1994. Hasta aquí, se habían utilizado en los cálculos sólo blancos no-hispanos para evitar cualquier sesgo racial. Ahora, es tratado el delicado tema de las diferencias en la distribución de inteligencia de los distintos grupos étnicos. Sencillamente, los autores no ven por qué los CI no puedan variar entre los distintos grupos, de la misma forma en que varían los rasgos físicos; aclaran que no tiene que ser tomado en forma negativa, y que no es racismo si está fundado empíricamente.

Mucho más que el supuesto hallazgo de la menor media de CI en negros y latinos en relación con blancos y asiáticos –que desató un escándalo–, el eje del planteo del libro es la relación entre esas diferencias y otras variables sociales. Las supuestas desigualdades de oportunidades sociales entre grupos étnicos no existen en la realidad, sino que son expresiones del éxito y fracaso personal en relación con la habilidad cognitiva. Si los negros y latinos tienen una media de inteligencia menor que los blancos, es esperable que los indicadores sociales los encuentren en peor situación. Con esta perspectiva, Herrnstein y Murray realizan el mismo procedimiento para todas las variables: la probabilidad de, por ejemplo, obtener un título universitario, es mucho menor para un latino o un negro que para un blanco, dentro de un rango de edad. Pero si se controla esta relación por CI, se obtiene un resultado diferente: la probabilidad de obtener un título universitario es igual entre etnias, o aún mayor para los negros, si se trata de personas dentro de un rango fijo de CI. Las chances de éxito social dependen de la habilidad cognitiva, que explica los distintos resultados, y no de desventajas ocasionadas por la discriminación racial. Nuevamente, el componente sociológico es arrancado del análisis, concluyendo en una verdadera “ciencia antisocial” regida por la inteligencia, que explica todas las desigualdades.

Murray y Herrnstein cierran su diagnóstico primero con una “Demografía de la Inteligencia” y luego estudiando la distribución de los problemas sociales en las distintas clases cognitivas. Dada la fecundidad comparativamente más alta en el extremo inferior de la curva, es esperable que en el futuro la media de la inteligencia en Estados Unidos tienda a disminuir. Esta tendencia se ve reforzada por la inmigración extranjera: los “nuevos inmigrantes”, en lugar de aportar al crecimiento de la inteligencia como hicieron los inmigrantes europeos occidentales de comienzos del siglo XX, tienden a empeorar el perfil de inteligencia nacional, por su menor calificación y habilidad cognitiva. Por último, los autores cierran esta parte destacando el modo en que los “problemas sociales” a los que el Estado quiere dar solución se concentran inexorablemente en las personas que ocupan el primer decil de la distribución de inteligencia nacional: “[Algunas de esas personas] están frecuentemente cerca de la definición de retardo mental. Cuando la nación busca reducir el desempleo o la tasa de delincuencia, o promover que las madres subsidiadas consigan empleo, las soluciones

deben ajustarse a su efectividad sobre la gente más propensa a exhibir esos problemas: los menos inteligentes.”⁵

6. Las propuestas

El primer eje de la propuesta de política social de Murray y Herrnstein es el incremento de la habilidad cognitiva. Concentran su argumentación en negar la posibilidad de intervención externa efectiva para aumentar la inteligencia. Algunos de los avances posibles, como el mejoramiento de la nutrición y de la educación, ya fueron logrados en Estados Unidos, y es muy poco lo que podría ganarse destinando recursos a esas áreas. Sostienen además que todos los esfuerzos a través de programas especiales de atención a niños “problemáticos” tuvieron poco éxito teniendo en cuenta sus extraordinarios presupuestos. Sin embargo, dejan una sola puerta abierta en este sentido: el cambio total de ambiente desde el nacimiento. Se refieren a la promoción de la adopción al nacimiento de hijos de padres con bajos CI, especialmente los de madres solteras, por parte de familias inteligentes.

El segundo eje está puesto en la educación: según Murray y Herrnstein, Estados Unidos se olvida de sus alumnos brillantes. El deterioro de la educación en los últimos 40 años se origina, para los autores, en que los recursos se orientaron a los niños con desventajas y problemas de aprendizaje. Esto ocasionó una nivelación “hacia abajo” de la educación norteamericana, en la que los superdotados tienden a embrutecerse en lugar de desplegar su potencial. Aceptando que “en un sistema de educación universal, muchos estudiantes no alcanzan el nivel de educación que muchos ven como básico”⁶, se debe comenzar a priorizar a los brillantes. “La mayoría de los estudiantes brillantes crecerán de cualquier modo segregados del resto. Asistirán de cualquier modo a escuelas de elite, harán de cualquier modo carreras exitosas, y de cualquier modo liderarán las instituciones de este país. En consecuencia, la nación debe hacer lo imposible para hacerlos tan sabios como se pueda”.⁷

El tercer eje es un feroz ataque contra la *Affirmative Action*. Esta política social, nacida en la década del 60 a raíz de la movilización de la comunidad negra en el *Civil Rights Movement*, y que se orienta a garantizar la equidad racial en las instituciones⁸, había sobrevivido a la restauración conservadora de Reagan. Pero Murray se propone derrumbarla definitivamente. De hecho, la diferencia de inteligencia entre grupos étnicos es irrelevante para el argumento central de los autores: ellos buscan explicar la desigualdad social a través de las diferencias *individuales* en la inteligencia. Sin embargo, necesitaron las diferencias raciales para sustentar su crítica a la *Affirmative Action*. Según su perspectiva, las minorías, en especial los negros, están gozando de una discriminación positiva en la educación y en el trabajo. Al fijar, por ejemplo, las proporciones de ingresantes de grupos minoritarios en las universidades, los negros con CI más bajo que lo requerido ingresan al estudio, en desmedro de blancos que podían merecerlo más por sus mayores habilidades cognitivas. Con respecto al empleo, sostienen que los negros están sobrerrepresentados en las ocupaciones complejas. La

⁵ p. 386.

⁶ p. 436.

⁷ p. 443.

⁸ La *Affirmative Action* promueve, entre otras cosas, la representatividad de las minorías en la educación y en el trabajo (utilizando, por ejemplo, el sistema de cuotas); la ayuda económica y de capacitación a las comunidades minoritarias; la integración racial.

propuesta es eliminar por completo la *Affirmative Action*, y dejar que las capacidades individuales se pongan en juego. No hacerlo implicaría promover precisamente el racismo al generar un estado de cosas fuera del juego natural de las capacidades humanas: el único modo de eliminar el racismo es deshacerse de toda consideración racial que privilegie a un *grupo* por su desventaja social más que a un *individuo* por su capacidad cognitiva. Proclaman: “Nada en la naturaleza o el conocimiento dice que todos los grupos deban ser igualmente exitosos en todos los órdenes de la vida. Esto podría ser “injusto” en el mismo sentido en que la vida es injusta sin que esto signifique que los seres humanos sean tratados injustamente”.⁹

El último gran eje está puesto en el significado de la *igualdad*. Aceptado ya que el individualismo es el único destino posible y deseable para el futuro de Estados Unidos, Murray y Herrnstein proponen un retorno a las ideas de igualdad de los primeros liberales y de los Padres Fundadores. Esto es, sencillamente, un retorno a las libertades puramente negativas desprovistas de toda connotación de distribución económica. Una libertad que asegure la igualdad de oportunidades y el despliegue de las potencialidades que, claro está, detentan en mayor medida los “dotados”.

Sin embargo, no se limitan a dar su propuesta política, sino que se ajustan a las tendencias actuales del pensamiento conservador explicando que cualquier otra alternativa desemboca en el caos. La segregación creciente de la *elite cognitiva* por arriba, y de la *underclass* por abajo aumentará la desigualdad, el racismo, el control policial violento, y la disgregación social. La elite cognitiva generará un *Estado Custodio* que aumentará el gasto de *welfare* para mantener a los excluidos a raya y acentuará la desintegración y la violencia. Sólo limitando el igualitarismo y preservando las diferencias entre las personas se puede hallar una salida. La clave es encontrar “lugares valorados para cada uno”, es decir crear lugares en los que los poco inteligentes puedan sentirse apreciados. Esto es posible restableciendo funciones a las ciudades, barrios y municipalidades, descentralizando elementos de la administración pública que admitan funciones para todos. Por otra parte, consideran fundamental la simplificación de las reglas jurídicas y las normas morales elementales de la sociedad, para que los débiles de inteligencia puedan comprenderlas con claridad, andar “por la buena senda” y “vivir una vida virtuosa”.¹⁰ Finalmente, promueven la disolución y distribución de métodos anticonceptivos entre las mujeres de bajo CI para disminuir la fecundidad de la *underclass*.

7. Conclusión

The Bell Curve sistematiza argumentos corrientes del sentido común –como que el éxito y el fracaso depende de atributos innatos de las personas- y los convierte en “ciencia social”. En efecto, es en realidad un ensayo de ciencia “antisocial”, en donde las categorías sociológicas se someten a atributos estáticos, naturales e inmodificables que fijan el mundo social y legitiman el statu quo. Los debates sobre la naturaleza hereditaria o adquirida de la inteligencia, con lamentables ejemplos sobre gemelos criados en ambientes diferentes, no hacen más que contribuir a una sociología unidimensional, de categorías no relacionales, que se esfuerza por mostrar que la culpa de que las cosas estén como están es de los *individuos*: la baja inteligencia es responsable todos los males de la sociedad dirigida por los inteligentes. Pierre Bourdieu

⁹ p. 500.

¹⁰ p. 543.

señala en *El racismo de la inteligencia*: “Simple y sencillamente hay que rechazar el problema, en el cual se han dejado encerrar los psicólogos, de los fundamentos biológicos o sociales de la “inteligencia”. Más que tratar de responder a la pregunta de manera científica, hay que tratar de hacer la ciencia de la pregunta misma; hay que tratar de analizar las condiciones sociales de aparición de este tipo de interrogación y del racismo de clase que introduce”.¹¹ Esas condiciones sociales son una exclusión social creciente, que ya no encuentra legitimación en el viejo discurso liberal y debe aferrarse de categorías más “científicas”, innatas y naturales. Esas condiciones son también el desarrollo tecnológico e informático acelerado, que aumenta constantemente los requerimientos de conocimiento para insertarse en el mercado de trabajo. Murray y Herrnstein legitiman “científicamente” a la clase dominante norteamericana, transformándola en *elite cognitiva*. Y desprestigian a los pobres y excluidos al punto de acusarlos de retardados mentales: transforman a las víctimas en culpables. No es casual que sea la “inteligencia”, y como categoría “científica”, la que vuelva en este preciso momento para establecerse como la rectora del mundo social. Es científica porque “si se invoca el discurso científico para justificar el racismo de la inteligencia, esto no se debe sólo a que la ciencia representa la forma dominante del discurso legítimo, también y sobre todo se debe a que un poder tecnocrático, recurre naturalmente a la ciencia para fundar su poder.”¹² Y es la inteligencia porque “el racismo es propio de una clase dominante cuya reproducción depende, en parte, de la transmisión del capital cultural, un capital heredado cuya propiedad es la de ser un *capital incorporado*, por ende aparentemente natural, nato. El racismo de la inteligencia es aquello por lo cual los dominantes tratan de producir una “teodicea de su propio privilegio”, como dice Weber, esto es, una justificación del orden social que ellos dominan. Es lo que hace que los dominantes se sientan justificados de existir como dominantes, que sientan que son *de una esencia superior*.”¹³ En la ciencia antisocial de Murray y Herrnstein, desaparece el fundamento social de lo social, para dar lugar a la naturalización científica del orden.

A lo largo del libro, las políticas progresistas nacidas en los 60, el Estado de Bienestar, y hasta “las perversiones del ideal igualitario que comenzó con la Revolución Francesa”¹⁴, son las culpables de todos los males que aquejan a Estados Unidos. Pero sobre todo la visión “tergiversada” de igualdad que impusieron, asociada a la igualdad en los resultados y no en los puntos de partida. Es evidente que el planteo de Murray y Herrnstein es apenas una intervención política con el pretendido respaldo de la ciencia. La igualdad es el tema de la política, y la lucha política profunda es la lucha por la construcción de la significación de la igualdad. El momento político por excelencia es la resignificación total de la igualdad.¹⁵ Estos pensadores intentan intervenir en esta lucha y reformular la igualdad, pero en cubriéndose en las “verdades” de la ciencia. El libro pretende ser un paso más en la Restauración Conservadora, que disfraza las intervenciones políticas de especulaciones técnico-científicas, y que amenaza: “nosotros o el caos”. Pero a pesar de ello, la igualdad seguirá siendo producto de las luchas sociales por su significado.

¹¹ Bourdieu Pierre, “El racismo de la inteligencia”, en *Sociología y Cultura*, Grijalbo, México, 1990, p. 278.

¹² Bourdieu Pierre, op. cit., p. 278.

¹³ Bourdieu Pierre, op. cit., p. 277.

¹⁴ p. 532.

¹⁵ Ranciere Jacques, *El desacuerdo*, Nueva Visión, Bs. As., 1993.